



# SANCHO PANZA.

REVISTA SATIRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

## COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Castelar don Emilio.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Cámpillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio Maria.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Marín don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Mejías y Escassy don Luis.—Navarrete don José de.—Pongilioni don Aristides.—Pereira don José.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Redondo don Antonio.—Ramírez don Javier.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martínez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

El presente artículo es debido á la elegante pluma de uno de nuestros ilustrados colaboradores, el que nos ha autorizado para su publicacion. Respetando sus instrucciones, suprimimos la firma, que es bastante conocida y autorizada y que toma parte en la redaccion de uno de los mas acreditados periódicos de la corte.

### A LA CLARIDAD DE LA LUNA.

En el magestuoso conjunto de la creacion, nada hay que me conmueva tan hondamente, que acaricie mi espíritu y dé vuelo desusado á mi fantasía, como la luz apacible y desmayada de la luna. Yo la espero siempre con impaciencia, la contemplo con amor, siento íntimo deleite al verme envuelto en su atmósfera tibiamente luminosa, y mis ideas toman nuevo giro, y pareceme que he vuelto á aquellos tiempos, tan próximos y á la vez tan lejanos, en que mi espíritu flotaba de continuo en una region de encanto y de poesía.

Hace pocos dias contemplaba el ocaso del sol. Ardía en vivo fuego el horizonte, las nubes se desgarraban en el aire en ráfagas de encendido color, las olas en su movimiento arrastraban reflejos de llama sobre la superficie del mar; parecia que un vasto incendio envolvía en su rojo manto á la naturaleza entera. Sin embargo, á pesar de la belleza y majestad del espectáculo, mi vista buscaba un objeto que debia aparecer en la línea indecisa del Occidente. Poco despues se habia puesto el sol, las nubes guardaron algun tiempo el reflejo de sus rayos y el horizonte la ancha franja de púrpura con que se adornaba, que poco á poco fueron tomando la tinta cenicienta del crepúsculo. Entonces ya pude ver al lado del Occidente, un débil hilo de luz, que dibujaba la forma de un arco, inclinando sus puntas casi imperceptibles. En los siguientes dias aquel hilo de luz fué apareciendo progresivamente á mayor distancia del ocaso del sol, y creciendo en graduacion constante, pronto tuvo la forma de un semi-círculo. Pero ya el resplandor luminoso de este per-



mitia ver la otra mitad del disco, cuyo diámetro, por una ilusión óptica, aparecía mucho menor. Y hé aquí hoy el astro ostentándose en toda su belleza y esparciendo toda la noche su fulgor misterioso y sereno. Aquel hilo de luz casi imperceptible era la luna.

Nunca he podido hallar placer en contemplar ese astro con el prisma de la ciencia. Al estudiar la naturaleza, prefiero hacerlo á la luz de la imaginación, que dá á todos los objetos tonos vivos y calientes, rodeándolos con el ambiente esplendoroso que emana de la poesía que, si en verdad no siempre, las mas de las veces muere al sentir el hálito frío y la severa mirada de la ciencia.

Al contemplar la luna, pláceme considerarla vagando en libre giro por un espacio del que el pensamiento no alcanza los límites, y esparciendo en todo él las ondas de su luz vaga y trasparente. La ciencia viene entonces á decirme, que ese astro dista de la tierra 350,000 kilómetros, y me marca las leyes á que está encadenado su constante movimiento.

Me agrada darle el diámetro que presenta á nuestra vista, considerando cuánto de claridad hermosa se encierra en espacio tan breve. La ciencia se encarga de desvanecer mi ilusión, diciéndome que el diámetro de la luna es la cuarta parte del de la tierra, y su volumen la quincuagésima parte del que tiene el planeta que habitamos.

Mirando las manchas y los puntos mas luminosos que aparecen en el disco, he creído ver en este una especie de espejo móvil que refleja inconstantemente la figura de la tierra á las ondas inquietas del mar. La ciencia se compadece de mi error, y se apresura á brindarme su largo telescopio, para que vea que aquellos puntos luminosos que menguan ó crecen alternativamente, son las cimas de altas montañas que reciben los rayos del sol, y que las sombras de esas montañas, proyectándose sobre los anchos valles que se estienden á su pié, forman aquellas manchas oscuras que despertaban mi atención.

Y no me dejará la ciencia ni aun creer que la luz de la luna es efectivamente su luz. Me dirá que ese astro es un cuerpo opaco; me presentará para probarlo los eclipses de sol, en que el disco del rey del día se oculta detrás del disco negro de la luna, que no deja paso al menor de sus rayos, y me convencerá de que aquella luz suave que me enajena, no es mas que un reflejo prestado que recibe de la inmensa hoguera del sol.

Y despues de haberme enseñado todo esto, ¿qué me deja la ciencia en lugar de la encantadora ilusión que habia formado mi fantasía? Me deja un planeta destrozado por la acción del fuego, oscuro como el caos, triste como el sepulcro, sin atmósfera sensible, sin vegetación, y en el que la vista solo contempla valles profundos, estériles, abrasados, y altas montañas en cuyo seno hierve la lava de los volcanes, que de en cuando en cuando nos hacen el curioso presente de un aereolito.

¿Y eso es la luna, ese astro puro, sereno, misterioso, cantado por los poetas y tan querido de los corazones amantes?

Vedla en una de esas noches en que no empaña nube alguna el trasparente azul del firmamento. Parece, segun la expresión de un poeta, una gota de rocío, resbalando sobre la ancha hoja del plátano.

Los objetos toman á su luz un tinte misterioso y fantástico. Los horizontes se alejan envolviéndose en un ambiente de indecisa claridad. Resbalan sus tibios rayos entre las hojas de los árboles, cuyas copas parecen cubiertas con un velo plateado salpicando el suelo de chispas de luz que se destacan entre sombras espesas y móviles. Reflejándose en la corriente de un río, su disco se dilata como profundizando para buscar las blancas pie-

drecillas que se ven en el fondo. Sobre el mar, su resplandor se estiende en dilatadas ráfagas, que semejan velos ligerísimos de plateado tul, desgarrándose al mas leve soplo del viento. Riela sobre las fuentes en lluvia de perlas, da la transparencia del nácar á la gota de rocío que se esconde en el cáliz de las flores, y derrama una suave melancolía sobre la naturaleza entera, que al sentir la impresión de sus rayos parece palpar con esa emoción de placer indefinible que acompaña al primer beso de amor.

En esas noches serenas, y á la claridad de la luna, la imaginación vé aparecer sobre la haz de la tierra todos los quiméricos seres de la leyenda. Los gromos, vigilantes guardianes de los tesoros ocultos, abandonan las minas de metales preciosos, las rocas submarinas, llenas de perlas y de corales, las grutas de cristal ó de estalactitas; las ondinas, rompen el muro trasparente de su cárcel y, sentadas á la orilla de las aguas, peinan sus largos y húmedos cabellos; todos los seres fantásticos é invisibles que se ocultan en el seno de la tierra flotan en el aire, se agitan en el fuego, ó se deslizan entre las ondas de las aguas, aparecen entonces, confundiendo en los mismos fuegos y entregándose á la expansión de su alegría. Solo los silfos, hijos de la ardiente claridad del sol, permanecen ocultos en sus perfumados palacios, entre los pétalos de las flores.

A veces, como una casta matrona cubre su rostro con el velo si hiere su vista el espectáculo de la embriaguez, la luna se envuelve en un manto de nubes entre las cuales asoma tal vez un rayo de su luz que entonces tiene un resplandor siniestro y sombrío. Esas son las noches en que los genios impuros congregan sus asambleas y las brujas y los vampiros danzan en torno á Luzbel, prestándole homenaje.

La luna es compañera querida de los amantes. El hombre que una sola vez en su vida haya visto esa claridad velada que toma algo de color azul del cielo, reflejándose en unos hermosos ojos, humedecidos por el amor, ha podido ya percibir á través de aquella mirada una anticipada visión del paraíso. La belleza de una mujer parece que se aumenta si la contemplamos á la luz de la luna; este pálido reflejo al iluminar su rostro esparce en él una suave tinta de melancolía y lo rodea de una indefinible aureola que da á la belleza de la mujer algo de la celestial belleza de los ángeles.

Y ese astro tan bello, tan puro, tan melancólico, que ha inflamado la imaginación de los mas grandes poetas y ha inspirado á Bellini una melodía que será imperecedera ¿hé de verlo tal como lo describe la ciencia? No; renuncio generosamente al telescopio científico. Quiero contemplar la luna como se presenta á mi vista y creer qué es lo que parece, que si con esto pierde la ciencia, en cambio gana mucho la poesía, y váyase lo uno por lo otro.

## LA AGONIA DEL GENIO.

(Asunto tomado de un episodio de la vida del malogrado escritor Florentino O. Albini.)

### I.

Ah! sabéis lo que es tener

A una muger en el alma

y vivir sin paz, ni calma

Sin poderla nunca ver?

Encontrarse ya rendido,

Pensamientos al trazar,



Y verlos todos pasar  
Sin un aplauso al olvido?  
Solo ese fin obtuvieron  
Mis dos nobles ambiciones:  
¡Amor y gloria! ilusiones!  
¡Cuánta dicha me mintieron!  
Yo á la piedra inanimada  
Vida di por la escultura:  
Mi mano firme, segura;  
El pensamiento en mi amada!  
Ya la estatua del guerrero,  
Ya el busto del grande hombre,  
Ora un capricho sin nombre,  
Ora obeliseo altanero;  
Poética alegoría,  
Figuras de magestad,  
Grupos de blanca beldad  
De griega mitología.  
Oh!... todo lo ejecuté!  
Forzado por la miseria  
Yo les di mezquina fiera  
Y nunca premio alcancé!  
Sin esperanza, cansado,  
Me dejó mi inútil brio,  
Reemplazándolo un hastio  
Continuo, desesperado!  
Que es por demás horroroso  
Trabajar cuando se piensa  
Hallar una recompensa  
De aquel lidiar afanoso.  
Y en vano esperarla, si;  
Sin poder con dulce lloro,  
Decir á su amor; «¡te adoro,  
Y esto lo alcanzo por ti!»  
Fué terrible el desengaño!  
Cruel ah! si, ¡muy cruel!  
Para desterrar su hiel  
Busqué un remedio á mi daño.  
Todo decirlo esta vez  
Quiero aunque me dé rubor,  
Loco de pena y dolor  
Quise hallarlo en la embriaguez.  
Mas la torpe bacanal  
Jamás mi pena calmara  
Que en aumentar se gozara  
Algun poder infernal.  
Con su afán en vano lidio,  
Y ya delirante y loco  
De mi mal, en medio al foco,  
Brotó una idea: el suicidio!  
El suicidio! fiel amparo  
Del que sufre, y hoja audaz  
Para asestarse es capaz,  
O para hacer un disparo!  
De valor llaman alarde  
A sufrir infierno en vida...  
¡Máscara vil conocida  
Conque se cubre el cobarde!  
Si en la vida está el sufrir  
Y se anhela, no es grandeza  
Lo que se siente!... es bajeza,  
Es miedo vil de morir!

II.

¿Para qué prolongar esta agonía?  
Corramos hácia el término fatal,  
Corramos á esa meta de alegría  
Que está al fin de la vida terrenal!

Las sendas que formaran mi camino  
Desiertas se mostraron á mi huella,  
Y negro, cual fué siempre mi destino,  
Un cielo contemplé sin una estrella!

Parece que la suerte ha adivinado  
Que «adiós» al mundo para siempre doy.  
Y quiere que el suicida sosegado  
Halle el sendero que pisando voy.

Cuando mañana el sol su luz sacuda  
Sobre las torres de Florencia ardiente,  
El que en sombra esta noche la saluda,  
Cadáver, á su luz, dará la frente!

Basta ya de luchar! estoy cansado:  
Vine á pedir á la embriaguez olvido,  
Y en su lazada inmunda aprisionado  
Sin hallarlo me encuentro envilecido!

Senda de lodo en cuyo vil regazo,  
Marchito el corazón, sin emociones  
De meretrices solo halló el abrazo,  
Y nunca la muger de sus creaciones!

Muger que se presiente en bello día  
Cuando aun niño se espera en el amor,  
Cuando no se ha sentido todavía  
La candente punzada del dolor!

Abandonola, pues; hácia adelante  
Un paso daré mas; sepulcro amigo  
Lecho será de mi ambición gigante,  
Y en él mis sueños dormirán conmigo!

¡Incomprensible afán! yo ya no espero;  
Me alejo, y de la gloria mi ideal  
El germen siento aquí, ahora que muero.  
Potente, misterioso é inmortal!

¡Quimeras de la fiebre! qué locura!  
Pensando en ellas sin querer me rio...  
¡Sonrisa sin rumor que poco dura  
Porque agonizo al par que me sonrio!

Jamás detuvo concepción ninguna  
Por sublime que fuera á mi cinkel:  
Ardiente las trazé, mas sin fortuna;  
Imposibles obtuve y no el laurel!

Laurel que en mis veladas solitarias,  
Si errante por las noches me perdía,  
Cediendo á mis recónditas plegarias  
El viento de los bosques prometía!

Mentira fue! pues bien; yo la razón  
Esta noche hallaré, doquier se esconda:  
Para saber si está en mi corazón  
Haré de mi puñal templada sonda!

Nada dejó tras mí; ningún cariño  
Existe que en mi marcha me detenga...  
Solo un recuerdo de la edad de niño,  
Oh! que también á mi sepulcro venga!



Qué recuerdo tan puro, mi Angiolina!  
 Bien niño te dejé: mas tu memoria  
 Me guió cual estrella matutina  
 Tras el vano fantasma de la gloria!

Cuando toque la punta del acero  
 Mi joven pecho de tu imagen mora,  
 Tu nombre brotará puro, hechicero...!  
 Con él mi lábio sellará esa hora.»

A. Marin.

## BIBLIOGRAFIA

### sobre la invencion de los cañones rayados.

En un periódico de la corte, de cuyo nombre no nos acordamos ahora, leimos hace pocos meses la descripción del nuevo invento de los cañones rayados, descubierto allende... como si fuera una invención nueva, cuando es, por el contrario, bastante antigua, supuesto que aquí en España, á principios del siglo XVII y aun antes, fué muy comun entre los cazadores el uso de los cañones rayados, con el objeto de matar la caza á mayor distancia que con los lisos.

Sentimos mucho que este descubrimiento pasase desapercibido en la corte, y grima nos dió que no hubiese quien vindicase la inventiva del ingenio español, que tan adelantado estuvo en aquellos tiempos de la edad de oro de nuestra nacion sobre los demás ingenios del mundo: nosotros que á fuer de aficionados al ejercicio de la caza, tenemos apuntes sacados desde que se usaba la ballesta hasta la escopeta de piston, y el sistema que hoy impera de cargar por la recámara del cañon, del mal llamado Lafacheaux, porque antes hemos visto este invento en España, y solo puede decirse que este autor lo ha perfeccionado en muy corta escala, como ya demostraremos otra vez.

Contrayéndonos ahora á los cañones rayados, carta canta, como vulgarmente se dice.

Alonso Martinez Espinar, ayudante de Cámara del Príncipe don Baltasar Carlos, y el que daba el arcabuz á S. M. habiendo sido ballestero de su padre y abuelo, publicó el libro siguiente: «Arte de Ballestería y Montería etc., escrita con método para escusar la fatiga que ocasiona la ignorancia. Madrid en la Imprenta Real. Año 1644.» Un tomo en 4.º con 16 hojas preliminares inclusa la portada, con privilegio, indices, prólogo y dedicatoria del autor; otro prólogo de don Francisco de Quevedo y la aprobacion del mismo etc., 252 hojas de testo y 6 láminas.

En la página 38 se lee: «Hay algunos arcabuces rayados por dentro con unas rayas, que en longitud del cañon suelen dar media, y una, y una y media vuelta, y este es el modo que cada uno le pide, ó como gusta el Maestro de labrarle con muchas ó pocas rayas; son unas muy juntas y menudas; y otras mas anchas, ondas y divididas; estas postreras son las mejores, y el tener mas ó menos cantidad, está en el gusto, como queda dicho y tambien en tener los cañones mucha, ó poca munición. Lo mas perfecto es, tener siete, y nueve rayas, siendo los cañones de siete hasta 11 adarmes; esto es suficiente para matar la caza con bala: en siendo de mas munición, lo pueden echar mas rayas, que en esto no hay regla fija: pero hala de aver en saberlos cargar, que en esto consiste tirar estos arcabuces mas que los lisos, que el fuego halla mas resistencia en este cañon porque se ceba en las vueltas de las rayas, y como halla impedimento en el paso por donde él ha de

»caminar multiplica su fuerza. Para lo cual se ha de advertir que en el apremio del cargarle consiste su mayor fortaleza: hanse de hacer unos tacos de fieltro cortados con un sacabocado, que venga muy ajustado á la boca del cañon: hanlos de brear con pez griega, cera, y sebo. Esto todo derretido, echar dentro los tacos, y despues que haya tomado este betun, se han de poner á enfriar, con que quedan muy duros, y jugosos; son importantísimos para los arcabuces rayados porque con ellos se facilita al entrar las balas, que ellas asimismo han de venir muy ajustadas al cañon que á golpes de la baqueta las han de llevar á lo profundo del; y entrando de esta manera, es fuerza á dos tiros no poderlas meter, por la suciedad que deja la pólvora, y no hay otro remedio, que lavarle, y para que no sea necesario, y que se puedan tirar hasta una docena de balas, se echan estos tacos: los cuales lo que ensució la pólvora llevan ellos abajo, y dejan el cañon limpio, y jugoso del betun, y así mismo entrando tan apremiado, ayuda á tapar la respiracion del, que es en lo que consiste tirar mas ó menos, que aquello hace que el fuese mas de su fortaleza.»

## PRESENTIMIENTO.

A veces nubla mi frente  
 profunda melancolía,  
 implacable pensamiento  
 que el corazon martiriza.  
 Tal vez será temor vano  
 que tu cariño me inspira,  
 será fantasma que abulta  
 inquieta mi fantasía;  
 mas se humedecen mis ojos  
 y algo en ellos adivinas,  
 pues se ahoga entre tus labios  
 la pura, infantil sonrisa,  
 y entonces al contemplarme  
 palideces y suspiras.  
 No te diré mis temores;  
 tu inocencia turbaria;  
 y te ama tanto el poeta...  
 ¡Triste niña! triste niña!

Los ángeles tus hermanos  
 de los cielos descendian,  
 en tu dulce y primer sueño  
 para besarte dormida.  
 Ellos en tí derramaron  
 gracia y belleza infinita;  
 aun invisibles ahora  
 tienden sus alas benditas,  
 cubren tu ideal cabeza  
 y tus pasos encaminan.  
 Que nunca de tí se aparten,  
 que nunca el sol de tu dicha  
 apague su luz, ni el llanto  
 descienda por tus mejillas:  
 vive feliz sin que vuelvas  
 atrás la angustiada vista,  
 sin que tu poeta esclame:  
 ¡Triste niña triste niña!

Yo ví la rosa en el valle  
 en soledad escondida,



su cáliz plácido abriendo,  
á las perfumadas brisas:  
brindábala el sol colores,  
arrullo las claras linfas,  
era la reina del valle,  
jóven, gallarda y erguida.  
Después la miré con pena,  
cortada por mano impia,  
dando sombra con sus hojas  
á una faz envilecida:  
fué besada, hollada luego  
en el calor de la orgía.  
¿Por qué de la flor se acuerda  
siempre al verte el alma mía?  
¿Por qué se nubla mi frente?  
*¡Triste niña! triste niña!*

Otras de tu edad temprana  
en la opulencia nacidas,  
pueden mirar á sus padres  
que las llaman su delicia,  
que gozosos les anuncian  
puros y felices días:  
Mas tú, cual ninguna bella;  
tú, cual ninguna, querida;  
solo tienes de tu madre  
el amor y las caricias,  
y el dolor con lenta mano  
va consumiendo su vida.  
Si ella muere... si en el mundo  
quedáras sin luz ni guía,  
entre mares procelosos  
frágil y errante barquilla...  
¿dónde hallar seguro puerto?  
*¡Triste niña! triste niña!*

Y ahora que la mañana  
de tu juventud florida  
en su oriente está brillando  
hermosa, clara y tranquila,  
hora que con nuevo germen  
vago amor en tí se anida,  
dando á tu casta mirada  
virginal melancolía,  
á tu voz trémulo timbre,  
palidez á tu mejilla...  
¡ay! tan delicioso encanto  
el hombre codiciaria;  
y es la virtud un espejo,  
una tierna sensitiva;  
solo el aliento lo empaña,  
solo un punto la marchita.  
Y tú sin amparo entonces...  
*¡Triste niña! triste niña!*

Por eso nubla mi rostro  
á veces nube sombría,  
sinistro presentimiento  
que el corazón martiriza;  
y tú al leerlo en mi frente  
palideces y suspiras.  
Mas no temas... son celos  
de mi inquieta fantasía;  
jamás tus alas, oh ángel,

manchara suerte enemiga;  
que de tu madre piadosa  
el cielo guarda los días,  
y te ama tanto el poeta...  
*¡Triste niña! triste niña!*

Narciso Campillo.

## POEMAS DRAMÁTICOS.

DE

ALEJANDRO FOUCKINE.

(CONTINUACION.)

Chouiski.

¿Qué debía hacer? ¿Declarar la verdad al czar Feodor, á él que no veía sino por los ojos de Godounoff, ni oía sino por los oídos de Godounoff? Apenas le hubiera yo persuadido, cuando Boris le disuadiera en seguida. Y luego se me hubiera desterrado, aprovechando un momento favorable para ahogarme sin ruido en un mudo calabozo, como lo hicieron con mi tío. Sin vanagloriarme, ningún suplicio me amedrenta, pues no soy cobarde; pero tampoco soy tan necio para dar por nada mi cabeza al verdugo.

Vorotinski.

Este crimen es espantoso. Escucha: seguramente le turban los remordimientos y no se atreve á hollar la sangre del inocente niño para poner el pie en el trono.

Chouiski.

La hollará, Boris no es tímido. Y entonces, ¿qué honor para nosotros, para la Rusia entera! Un esclavo de ayer, un tártaro, el yerno de Maluta (1), el yerno de un verdugo, y él mismo verdugo también en el alma, se apoderará de la corona y del collar de Monomaco (2).

Vorotinski.

Es cierto; Boris no descende de una gran familia. La nuestra es mucho mas ilustre.

Chouiski.

Yo lo creo.

Vorotinski.

Chouiski, Vorotinski, hé ahí verdaderos principes de nacimiento.

Chouiski.

Si, y de sangre de Burik. (3)

Vorotinski.

Escucha, principe; bien considerado, á nosotros nos toca la sucesion de Feodor.

Chouiski.

Mas que á Godounoff.

(1) Maluta Skouratoff, el mas feróz y mas adicto de los sicarios de Ivan el Terrible.

(2) Sobrenombre de Wladimiro II, uno de los fundadores del poder ruso en el siglo XII. Era biznieto de San Wladimiro, quien un siglo y medio antes introdujo el cristianismo en Rusia. Esta corona y este collar, á los cuales se dejó el nombre de Monomaco, le fueron enviados, como presentes de investidura, por el emperador griego Alejo Comneno.

(3) Jefe de Vargnes, piratas de las orillas del Báltico elegido gran principe de Moscovia. Es el primer fundador de la monarquía rusa, y todos los antiguos principes knias, eran de su familia.



Vorotinski.

¿Convienes en ello?

Chouiski.

Pues bien, si Boris continúa haciéndose de rogar, probemos de obrar sobre el pueblo. Bastantes príncipes verdaderos hay, príncipes suyos, entre los cuales puede escoger un czar.

Vorotinski.

Los descendientes de los Varegues somos numerosos pero no es difícil luchar contra Godounoff. El pueblo no está acostumbrado á ver en nosotros á los descendientes de sus antiguos señores. Hace mucho tiempo que hemos entrado al servicio de los czares. Y él, él ha sabido someter al pueblo por el temor, el amor y la gloria.

Chouiski.

El es atrevido, mientras que nosotros... basta. (*Mirando por la ventana.*) Pero el pueblo vuelve en desorden. Vamos á ver que han decidido. (*Salen.*)

(En verso.)

*La plaza Roja, delante del palacio. Gente del pueblo.*

Un hombre.

Es inflexible. Ha arrojado de su presencia á los boyardos, á los obispos y al patriarca. En vano han golpeado todos el suelo con su frente puestos de hinojos á sus plantas. El trono no le dá miedo.

Otro hombre.

¡Oh gran Dios! ¿quién nos gobernará? ¡Desventurados! Ya no tendremos quien nos gobierne.

Otro.

Toma! hé aquí el *diák* en jefe (1) que sale para anunciar la decision de la *Douma*.

Una voz entre el pueblo.

Silencio! silencio! El *diák* de la *Douma* va á hablar. Silencio, escuchad!

(*El diák aparece en las gradas rojas.*)

El Diak.

Pueblo! El consejo ha decidido probar por última vez la fuerza de las súplicas sobre el alma afligida del regente. Mañana, el muy santo patriarca, despues de haber celebrado misa solemnemente en el Kremlin, precedido de las santas banderas, de las imágenes de la Virgen de Wladimiro y de la Virgen del Don, saldrá; y con él todos los boyardos, los cuerpos de los nobles y los elegidos del pueblo de la ortodoxa Moscou, yendo á suplicar de nuevo á la czarina para que tenga compasion de su huérfana patria y que dé á su hermano Boris la bendicion del reino. Separaos, id con Dios cada uno á su casa, y rogad para que suban al cielo las fervientes súplicas de los ortodoxos.

(*La multitud se dispersa santiguándose.*)

(En verso.)

*El Campo de las Virgenes delante del monasterio de las Virgenes. Gente del pueblo.*

Un hombre.

Ahora han entrado en la celda de la czarina. También han entrado en ella con una porcion de boyardos Boris y el patriarca.

(1) El principe magistrado, el gran juez.

Otro.

¿Qué se dice?

Otro.

Sigue en su obstinacion. Sin embargo hay esperanza.

Una mujer con un niño.

Lá, lá, no llores, sino el Bouka (1) vendrá por ti.

Un hombre.

¿No se podría pasar por el cercado del monasterio?

Otro.

Imposible. Apenas se puede estar aquí, en el campo. Piensa que todo Moscou está hacinado en este sitio. Mira: el cercado, los tejados; todos los pisos del campanario, las cúpulas de la iglesia y hasta las cruces cubiertas de gente.

El primero.

¡Oh! ¡qué divertido es!

El otro.

¿Qué ruido es ese?

El primero.

Escucha, escucha; el pueblo se ha puesto á ahullar. Allá abajo, se hacina fila tras fila como olas. Y continúa acercándose hácia nosotros. Pronto, de rodillas, hermanos. (*Todo el pueblo está arrodillado gimiendo y llorando.*)

El pueblo.

¡Ah! compadeceos de nosotros, padre nuestro. Reina sobre nosotros. Sois nuestro padre, nuestro czar.

Un hombre, en voz baja.

¿Por qué se llora?

Otro.

¿Cómo quieres saberlo? Ya lo saben los boyardos. Nosotros es diferente.

Una mujer, á su niño.

Y bien, ahora que es preciso llorar, callas. Espera, que el Bouka va á venir. Llorá pues. (*El niño solloza.*) En hora buena.

Un hombre.

Todos lloran. Lloremos tambien, hermanos.

Otro.

No tengo lágrimas. Pero ¿qué se grita todavía?

El primero.

¿Cómo adivinarlo?

Todo el pueblo.

La corona es suya. Consiente. Boris es nuestro czar. ¡Viva Boris!

(En verso.)

*Palacio de Kremlin. Boris, el patriarca, boyardos.*

Boris.

Santo padre patriarca, vosotros todos, boyardos, mi alma se presenta tal cual es á vosotros... Ya habeis visto que acepto con temor y humildad ese gran poder! ¡Cuán difícil es mi tarea! Sucedo á los dos poderosos Ivan; succedo al Angel-czar (2). ¡Oh justo, oh mi real padre! dignate desde el cielo echar una mirada sobre las lágrimas de tus fieles servidores, y envia á aquel á quien tanto has amado, que has elevado á tan sorprendente altura,

(1) Personaje imaginario con el cual se hace miedo á los niños, Croquemitena.

(2) Nombre dado al piadoso czar Feodor.



tu santa bendición, para que gobierne á su pueblo con gloria, para que sea justo y misericordioso como tú. Espero vuestra ayuda, oh boyardos. Servidme como le habeis servido en el tiempo en que todavía no elegido por la voluntad del pueblo compartía yo sus trabajos.

Los boyardos.

No faltaremos á nuestro juramento.

Boris.

Vamos ahora á prosternarnos delante de las tumbas de los difuntos señores de la Rusia; en seguida que se invite á todo nuestro pueblo á un festin, desde los nobles hasta el último mendigo ciego. Para todos libre entrada; que todos sean bien llegados!

(Salen, seguidos de los boyardos.)

Vorotinski, deteniendo á Chouiski,

Lo has adivinado.

Chouiski.

¿Qué?

Vorotinski.

No hace mucho, aquí, ¿no te acuerdas?

Chouiski.

No me acuerdo de nada.

Vorotinski.

Cuando el pueblo se dirigía al campo de las Virgenes decías...

Chouiski.

No es tiempo de recordar, y te aconsejo que sepas olvidar cuando conviene. Además, entonces quise probarte con una fingida calumnia, y conocer mejor tu modo de pensar. Pero hé aquí el pueblo saluda á su czar. Mi ausencia puede ser notada. (Sale.)

Vorotinski.

Astuto cortesano!

(Continuará.)

### Entusiasmo Patriótico.

Días pasados publicó una señora chilena unos versos ó berzas contra los españoles, ó godos como allí nos llaman: posteriormente un tal D. Trinidad Pacheco Andin ha abortado en el *Ferro-carril* de Santiago de Chile unos cuartetos contra España, que empiezan de este modo:

«Tú sabes bien que cuarenta años hace  
que este gran pueblo que Perú se llama,  
honradamente cumple y satisface  
con los demás lo que la ley reclama.»

(No puede darse una manera mas sencilla, ni más poética de expresar la bondad y la dulzura de nuestros hermanos de Ultramar.)

«Por esta luz que alumbra los panteones  
donde los restos su descanso hallaron  
de nuestros padres, inclitos varones  
que en Ayacucho patria nos legaron.»

(¿Cómo ha degenerado la raza! Si aquellos inclitos varones resucitaran y vieran á sus nietos, se volvieran á morir de pena.)

«Ella es, Señor, la que en Esparta asoma  
su faz radiante de indecible gloria;  
y la que en Grecia y también en Roma  
pobló de genios su inmortal historia.»

(Pasemos los cuatro asonantes en que termina este cuarteto, y la fatal medida del tercer verso, y observe-

mos como el señor D. Trinidad echa á rodar las andaderas, empuña el, en sus manos, cuerno épico; y esclama en el colmo de su patriótica barbarie:)

«Mirad del noble Cid los descendientes,  
los hijos de Pelayo convertidos  
en turba-multa de groseras gentes  
y en pandillas salvajes de bandidos.»

(Muchas gracias, señor D. Trinidad. Se conoce que tiene V. en la punta de la uña el «Manual de Urbanidad y Cortesía,» y las reglas de la buena educación. Con que, bandidos, eh? Y además groseros y salvajes. Pues señor D. Trinidad, no cabe mayor prueba de salvajismo y grosería, que el escribir versos como los de V. El señor D. Trinidad debe ser indio y tener geta. El señor D. Trinidad debe ser descendiente de los primitivos habitantes del Perú, y no ha hecho bien en abandonar los bosques donde vagaban encueros sus ilustres progenitores.)

«Por este aliento que nos dá la vida,  
te juramos, oh Dios, que hasta las heces  
la sangre de esa raza corrompida  
beberémos, Señor, una y mil veces.»

(Mucha sed tiene el señor D. Trinidad. ¡Beber sangre! Cuando yo dije que era indio bravo! Si los conozco al vuelo! Y ahora salimos con que se confiesa caribe: bueno es conocerse. No beba V. sangre de Españoles, hombre: beba V. una poca de... agua y que sea fresca. El demonio son estos guachindangos.

Después de tan sobresaliente rebuzno, el señor D. Trinidad debe pretender la mano de la poetisa chilena, que ofrecía su afecto, y aun algo más, al que matase un godo. Verdad es que el señor D. Trinidad no ha matado más godos, que los que se haya encontrado hacia el cuello de la camisa; pero en cambio, há tenido el inefable placer de asesinar al sentido común. Es de advertir que hay por allá tan buenos generales y soldados, como buenos poetas: con que, nos cayó la lotería. ¡Dios nos libre del señor D. Trinidad Pacheco Andin, que debe de estar emparentado con los mosquitos y las chinches, según lo aficionado que es su merced á beber la sangre humana!

## MESA REVUELTA.

Nuestro querido amigo y colaborador, el señor don Aristides Pongilioni, redactor del *Contemporáneo*, marchó de regreso para la corte el día 11 del presente.

### El modo de ver las cosas.

Solo vestida de harapos,  
es la deshonra, deshonra;  
cuando viste ricos trajes,  
casi por gracia la toman;  
que tiene la sociedad  
buen modo de ver las cosas.  
Para probar lo que digo,  
con pocas razones sobran.  
Se pegan de garrotazos  
dos hombres de baja estofa,  
y dice la gente al verlos:  
¡qué animales! ¡son idiotas!



Se baten dos caballeros  
con florete ó con pistola,  
aunque ambos queden difuntos,  
se llama *caso de honra*.

Hay hombres por los caminos  
que asesinan y que roban,  
y se les llama ladrones,  
los persiguen, los acosan,  
y va la guardia civil  
á caza de sus personas:  
y los hay en las ciudades  
vistiendo bordadas ropas,  
y pasan por muy honrados  
porque tienen muchas onzas.

Si ciega por la pasión  
alguna doncella loca,  
pierde lo mejor que tiene:  
la gente que lo pregona,  
si es rica, dicen: ¡que lástima!  
y si es pobre, ¡qué viciosa!

Por eso dije al principio,  
y vuelvo á decir ahora.  
Solo vestida de harapos,  
es la deshonra, deshonra.  
Cuando viste ricos trajes,  
casi por gracia la toman;  
que tiene la sociedad  
buen modo de ver las cosas.

¡¡1.000,000 DE CAPILLADAS!!!



## FRAY GERUNDIO.

HOJA VOLANTE

Redactada por TIRABEQUE y varios donados.

Esta publicación que tan pronto como se arreglen ciertos asuntos de *politica* ó etiqueta será un periódico semanal satirico-popular, aparecerá

—por ahora—como suplemento al SANCHO PANZA, dos veces á la semana, con la filantrópica idea de proporcionar algunos cuartos á la *troupe* de ciegos dedicados á la venta de papeles públicos.

FRAY GERUNDIO se encargará de hacer reír al que esté triste y de hacer llorar á aquellos que estén muy *satisfechos* y anden por el mundo con cara de pascua.

Los tontos tendrán en TIRABEQUE su pagnirista, haciéndolos danzar en sus chismes, camamas, cuentos, simplezas, epigramas, camelos, anécdotas y belenes.

No se escaparán de la pluma de los DONADOS toda esa cáfila de escritores-copistas, poetastros y fabricantes de versos, que por desgracia sobran en la sociedad.

Con que así, todo el que peque  
ó nos arme algun infundio,  
le zurrará *Fray Gerundio*  
Con su lego *Tirabeque*.

### CHARADA.

Huérfana soy: mi desdicha  
podrá comprender cualquiera  
cuando sepa que en el mundo  
ningun pariente me queda.  
Murió mi tercera y cuarta,  
y murió segunda y tercia,  
es decir, murió mi madre  
y murió tambien mi abuela.  
Murióse del mismo modo  
prima, segunda y tercera,  
y prima, tercera y cuarta  
murióse tambien de pena.  
Quedéme, pues, sin hermanas,  
que ambas mis hermanas eran,  
y desde entonces he sido  
huérfana sobre la tierra.  
Lloro, y lloro sin descanso,  
pues para mayor tristeza  
me dieron por nombre el todo  
que los demás me recuerda.

J. G. Barraca.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Cádiz, en la imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, calle de S. Miguel, número 18.—Librería de D. Eduardo Gautier, calle de San Francisco.—Librería de los señores Verdugo, Morilla y Comp.<sup>ª</sup> Plaza de S. Agustín.

EDITOR RESPONSABLE:

DON JOSÉ MARÍA RUIZ.

CADIZ 1864.

Ilustración Gaditana, San Miguel, 18.